

tada todavía por la incertidumbre de la noche. En ciertos momentos la diligencia se inclinaba; en ciertos sitios faltaba la barandilla. Yo me incorporé. Estaba en el imperial, el conductor no había vuelto á ocupar su sitio, y la diligencia seguía andando. El postillón, siempre encorvado sobre su cabalgadura que apenas alumbraba el farol del cupé, murmuraba no sé qué enérgicas exclamaciones. En fin, los caballos subieron una pequeña cuesta, un nuevo sacudimiento hizo bambolear el coche y se detuvo. Estábamos en terreno firme.

Los viajeros que habían pasado el puente á pie antes que el coche, volviéronse á sus compartimientos, y mientras abrían y cerraban las portezuelas, oía al conductor que decía:

—¡Demonio de puente! Siempre en reparación. ¿Cuándo estará terminado? Muy mal se hace en Dax la vigilancia. Los carpinteros dejan sus herramientas en el paso del coche para volcarle. Por un momento he visto el carruaje en el río. Nadie puede figurarse el peligro que hay. Cualquiera día sucederá una desgracia. ¿No he hecho bien en hacerles bajar, señores viajeros?

Dicho esto, subió, y al verme dió un grito:

—¡Toma! Caballero, me olvidé de usted.

III

BAYONA

EL OSARIO DE BURDEOS

26 de julio.

No pude entrar en Bayona sin emoción. Bayona es para mí un recuerdo de infancia. Vine á Bayona muy niño aún, de siete ú ocho años, sobre el 1811 ó 1812, en la época de las grandes guerras. Mi padre ejercía en España su oficio de soldado del emperador y mantenía en respeto dos provincias sublevadas por el Empecinado, Ávila, Guadalajara y todo el curso del Tajo.

Mi madre, que iba á reunírsele, se detuvo en Bayona para esperar un convoy; pues entonces, para hacer el viaje de Bayona á Madrid, había que ir acompañado por tres mil hombres precedidos por cuatro cañones. Algún día escribiré aquel viaje que ofrece algún interés, aun cuando sólo sea para preparar algunas memorias para la historia. Mi madre había conducido con ella á mis hermanos Abel y Eugenio y á mí, que era el más pequeño de los tres.

Recuerdo que, al día siguiente de nuestra llegada á Bayona, una especie de señor barrigudo, exageradamente cargado de dijes y mascullando el italiano, se presentó en casa de mi madre. A los muchachos, que le estábamos mirando á través de una puerta vidriera, aquel hombre nos hizo el efecto de un charlatán de feria. Era el director del teatro de Bayona.

Vino á rogar á mi madre que tomara un palco en su teatro. Mi madre se abonó á un palco por un mes. Era, poco más ó menos, el tiempo que debíamos esperar en Bayona.

La idea de que teníamos palco nos hizo saltar de gozo. ¡Pensar que íbamos á ver el espectáculo todas las noches durante un mes, cuando apenas si habíamos estado en el teatro una vez al año, y apenas si ocupaba nuestra memoria otro recuerdo dramático que *La condesa de Escarbagnas!*

Aquella misma noche atormentamos á mi madre hasta que nos obedeció, como hacen siempre las madres, y nos llevó al teatro. El acomodador nos instaló en un magnífico palco de frente, adornado con colgaduras de algodón encarnado con ramajes azafrán. Representábase *Las ruinas de Babilonia*, famoso melodrama que en aquellos tiempos tenía inmenso éxito en toda Francia.

Era magnífico, por lo menos en Bayona. Algunos caballeros color de albaricoque y algunos árabes vestidos de cota de malla de algodón de pies á cabeza, aparecían á cada instante; luego desaparecían, en medio de una prosa horrible, entre ruinas de cartón llenas de abrojos y de trampas de lobos. Salían el califa Harún y el eunuco Giafar. Nuestra admiración no tenía límites.

El día siguiente, al llegar la noche, volvimos á atormentar á nuestra madre, que volvió á compla-

cernos. Ya estamos en el espectáculo, en nuestro palco con ramajes. ¿Qué van á representar? Estábamos ansiosos. Levántase el telón, y aparece Giafar. Daban *Las ruinas de Babilonia*. No por eso nos supo mal. Nos gustaba volver á ver la obra, que volvió á divertirnos extraordinariamente.

Al otro día, mi madre fué tan buena como siempre y volvimos al teatro. Dábanse *Las ruinas de Babilonia*. Vimos la obra con placer, aunque hubiéramos preferido alguna otra ruina. Al cuarto día, con toda seguridad, se cambiaría la función; fuimos al teatro con nuestra madre que nos dejaba hacer y nos acompañaba sonriendo. ¡Dábanse *Las ruinas de Babilonia!* Aquella vez nos dormimos.

Al quinto día enviamos por la mañana á Beltrán, el ayuda de cámara de mi madre, á ver el cartel. Anunciaba *Las ruinas de Babilonia*. Entonces suplicamos á nuestra madre que no nos llevara. Al sexto día se repetían aún *Las ruinas de Babilonia*. La cosa duró un mes. Un día, por fin, se cambió el cartel. Aquel día, partimos.

Ese recuerdo es el que me ha hecho hablar en alguna parte de «ese porfiado azar que juega con el niño».

Por lo demás, aun con *Las ruinas de Babilonia*, me acuerdo con delicia de aquel mes pasado en Bayona.

Había en la orilla del agua, bajo los árboles, un hermoso paseo á donde íbamos todas las tardes. Al pasar hacíamos una mueca al teatro, donde no pusimos más los pies, y que nos inspiraba una especie de antipatía mezclada de horror. Nos sentábamos en un banco, contemplábamos los navíos y escuchábamos lo que nos decía nuestra madre, noble y santa mujer que hoy no es más que una figura en mi memoria, pero que resplandecerá hasta mi último día en mi alma y en mi vida.

La casa en que vivíamos era risueña. Aún recuerdo mi ventana en donde colgaban hermosas mazorcas de maíz amarillo. Durante aquel largo mes, no nos fastidiamos ni un momento, exceptuando siempre *Las ruinas de Babilonia*.

Un día fuimos á ver un buque de línea anclado en la embocadura del Adour. Una escuadra inglesa le había dado caza; después de un combate de algunas horas se había refugiado allí, y los ingleses le tenían bloqueado. Tengo aún, tan presente como si lo viera, aquel admirable navío que divisaba á un cuarto de legua de la costa, iluminado por un espléndido sol, con todas las velas cargadas, fieramente plantado en el agua, y que parecíame guardaba una actitud amenazadora, pues acababa de salir de la metralla para volver luego á ella probablemente.

Nuestra casa estaba adosada á las murallas. Allí, en aquel declive de verde césped, entre los cañones con la boca vuelta contra la hierba y los morteros invertidos con la garganta al suelo, íbamos á jugar todas las mañanas.

Por la tarde, Abel, mi pobre Eugenio y yo, agrupados al rededor de nuestra madre, ensuciando los platitos de porcelana de una caja de colores, iluminábamos lo mejor que sabíamos, de la manera más ferroz, los grabados de un viejo ejemplar de *Las mil y una noches*. Aquel ejemplar me había sido regalado por el general Lahorie, padrino mío, que murió, algunos meses después de la época á que me refiero, en la llanura de Grenelle.

Eugenio y yo comprábamos á los muchachos de la ciudad todos los jilgueros y todos los verderones que nos traían, y poníamos aquellos pobres pájaros en jaulas de mimbres. Cuando quedaba llena una jaula, comprábamos otra. Así llegamos á tener cinco jaulas llenas. Cuando llegó la hora de partir, pusimos

en libertad á todos aquellos lindos pajarillos. Para nosotros constituyó una alegría y un pesar á la vez.

La persona que alquiló á mi madre la casa en que vivíamos era de la ciudad, una viuda, según creo. Dicha viuda vivía también en un pabellón inmediato á nuestra casa, y tenía una niña de catorce ó quince años. Mi memoria, al cabo de treinta años, no ha perdido ningún detalle de aquel rostro angelical.

La estoy viendo todavía. Era rubia y esbelta, y me parecía alta. Su mirada era dulce y velada y su perfil era virgiliano, tal como imaginamos á Amarilis ó á Galatea corriendo por debajo los sauces. Tenía el cuello admirablemente sentado sobre sus hombros y era de una pureza adorable, la mano pequeña, el brazo blanco y el codo sonrosado, lo que era propio de su edad; detalle que la mía ignoraba entonces. Cubría habitualmente su cabeza con un madrás color de te con orla verde, estrechamente apretado desde la parte superior de la cabeza á la nuca, de modo que dejara la frente al descubierto y no tapara más que la mitad de la cabellera. No me acuerdo ya del vestido que llevaba.

Aquella hermosa niña venía á jugar con nosotros. Alguna vez Abel y Eugenio, mayores, más altos y más serios que yo, y «haciéndose el hombre», como decía mi madre, iban á ver el ejercicio de fuego en la muralla ó subían á su cuarto para estudiar á Sobrino y hojear á Cormón. Entonces yo me quedaba solo y sentía aproximarse el fastidio. ¿Qué hacer? Ella me llamaba y me decía: *Ven, que te leeré algo*.

En el patio había una puerta á la que daban acceso algunos peldaños y cerrada por un grueso cerrojo emmohecido, que estoy viendo aun, un cerrojo redondo, con mango en forma de rabo de cerdo, como los que se encuentran á veces en las viejas bodegas. Allí, en aquellos peldaños, iba á sentarse la niña. Yo me que-

daba de pie detrás de ella, con la espalda apoyada en la puerta.

Ella leía no sé qué libro abierto sobre sus rodillas. Por encima de nuestras cabezas había un cielo deslumbrante y un hermoso sol que inundaba de luz los tilos y cambiaba las hojas verdes en hojas de oro. Un aire tibio pasaba por entre las hendiduras de la vieja puerta y nos acariciaba el semblante. Ella estaba encorvada sobre el libro y leía en voz alta.

Mientras leía, yo no escuchaba el sentido de las palabras, escuchaba el sonido de su voz. Por momentos iba bajando los ojos, y mi mirada encontraba su *fichu* entreabierto debajo de mí, y veía, con turbación mezcla de fascinación extraña, su torneada y blanca garganta que se levantaba y se bajaba suavemente en la sombra, vagamente dorada por un cálido reflejo de sol.

Ocurría á veces, en aquellos momentos, que ella levantaba de pronto sus grandes y azules ojos, y me decía: *¡Cómo, Víctor! ¿No me escuchas?*

Yo estaba confuso, ruborizábame y temblaba, y hacía semblante de jugar con el cerrojo. Nunca la besaba por propio impulso; era ella la que me llamaba y me decía: Bésame.

El día en que partimos, tuve dos grandes pesares: separarme de ella y soltar mis pájaros.

¿Qué quería decir eso, amigo mío? ¿Qué es lo que yo sentía, en tan tierna edad, al lado de aquella alta y hermosa niña inocente? Entonces lo ignoraba. Después he pensado muchas veces en ello.

Bayona ha quedado en mi memoria como un lugar luminoso y risueño. Allí está el recuerdo más remoto de mi corazón. ¡Época candorosa y, no obstante, ya tan dulcemente agitada! Allí fué donde vi apuntar, en el rincón más oscuro de mi alma, aquella primera é inexplicable claridad, aurora divina del alma.

¿No os parece, amigo mío, que semejante recuerdo es un lazo, y un lazo que nada puede destruir?

¡Cosa extraña que dos seres puedan estar ligados con esa cadena por toda la vida, sin faltarse, sin buscarse, siendo extraño el uno al otro, y hasta sin conocerse! La cadena que me une á aquella dulce niña no se ha roto, pero el hilo se ha quebrado.

Apenas llegué á Bayona, di la vuelta á la ciudad por las murallas, buscando la casa, buscando la puerta, buscando el cerrojo; nada encontré, ó, por lo menos, nada reconocí.

¿Dónde está ella? ¿Qué hace? ¿Ha muerto? Si vive, se habrá casado, sin duda, y tendrá hijos. Tal vez sea viuda y envejezca á su vez. ¿Cómo es posible que la belleza se marche y quede la mujer? ¿Y la mujer de ahora es el mismo ser que la jovencita de antes?

¡Tal vez acabo de encontrarla! ¡Tal vez es esa mujer indiferente á quien he preguntado la dirección ahora mismo, y que me ha visto alejarme como un extraño!

¡Qué amarga tristeza hay en todo esto! Así, no somos más que sombras. Pasamos unos junto á otros, y nos desvanecemos como el humo en el profundo cielo azul de la eternidad. Los hombres son en el espacio lo que las horas son en el tiempo. Cuando han tocado, se desvanecen. ¿A dónde va nuestra juventud? ¿A dónde va nuestra infancia? ¡Ay!

¿Dónde está la hermosa jovencita de 1812? ¿Dónde está aquel niño que yo era entonces? Nos tocábamos en aquel tiempo, y ahora tal vez nos tocamos, pero hay un abismo entre nosotros. La memoria, ese puente del pasado, se ha roto entre ella y yo. Ella no reconocería mi semblante y yo no reconocería el metal de su voz. Ella no sabe ya mi nombre, y yo no sé el suyo.

27 de julio.

Poco tengo que contaros de Bayona. La ciudad no puede estar más graciosamente situada, en medio de verdes colinas, en la confluencia del Nive y del Adour, que forma allí un pequeño Gironde. Pero de aquella linda ciudad y de aquel delicioso lugar, ha sido preciso hacer una ciudadela.

¡Desdichados paisajes los que se consideran á propósito para ser fortificados! Ya lo he dicho una vez, y no puedo eximirme de repetirlo: ¡Qué triste barranco un foso sin líneas quebradas! ¡Qué fea colina una escarpa con su contraescarpa! Es una obra maestra de Vauban; ¡cierto! Pero también es cierto que las obras maestras de Vauban estorban las obras maestras de Dios.

La catedral de Bayona es una bellísima iglesia del siglo xiv, color de yesca y roída por el viento del mar. En ninguna parte he visto los mameles describir en el interior de las ojivas calados más ricos y caprichosos. Vese allí toda la firmeza del siglo xiv, confundiéndose, sin atenuarla, con toda la fantasía del xv. Aquí y allá quedan algunas hermosas vidrieras, casi todas del siglo xvi. A la derecha de lo que había sido la puerta mayor, admiré una pequeña abertura, cuyo dibujo se compone de flores y hojas maravillosamente entrelazadas en forma de rosetones. Las puertas tienen extraordinario carácter. Son grandes hojas negras sembradas de gruesos clavos y realzadas por un picaporte de hierro dorado. Ya sólo queda uno de los picaportes, que es de hermosa labor bizantina.

La iglesia está adosada al Sur de un vasto claus-

tro de la misma época, que están restaurando en este momento con mucha inteligencia, y que comunicaba antes con el coro mediante una magnífica portada, hoy tapiada y enjabelgada, cuya ornamentación y estatuaria recuerdan, por su elevado estilo, Amiens, Reims y Chartres.

En la iglesia y el claustro había infinidad de tumbas que han sido arrasadas. Algunos sarcófagos mutilados se adhieren todavía á la pared. Están vacíos. No sé qué polvo antipático á la vista sustituye en ellos el polvo humano. La araña teje su tela en aquellas sombrías mansiones de la muerte.

Me detuve en una capilla donde no queda de una de aquellas sepulturas más que el emplazamiento, que puede reconocerse aún por las piedras arrancadas de la pared. Sin embargo, el muerto había tomado sus precauciones para guardar su tumba. *Aquella sepultura le pertenece*, como dice todavía hoy una inscripción en mármol negro empotrada en la piedra. «El 22 de abril de 1664», si hay que dar crédito á la misma inscripción que cito textualmente, «C. Reoboul, notario real y señores del capítulo,» habían hecho donación á «Pedro de Baraduc, burgués y hombre de armas en el castillo viejo de esta ciudad, del título y posesión de esta sepultura, para él y los suyos.»

A propósito de esto, ahora me viene á la memoria la visita á San Miguel de Burdeos, cuya relación os había prometido.

Acababa de salir de la iglesia, que es del siglo xiii y muy notable, sobre todo por las portadas. Contiene una exquisita capilla de la Virgen, esculpida, mejor diría labrada, por los admirables imagineros del tiempo de Luis XII. Contemplaba el campanil que se halla al lado de la iglesia y que corona un